

21 nov. 1895

CARTA PASTORAL

DEL

ILMO. SEÑOR ARZOBISPO

DE MÉXICO

CON MOTIVO

DEL PRÓXIMO ADVIENTO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

BX874
.A4
C3
1895
c.1

MÉXICO
P. DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS
Calle de Meleros, antigua Plaza del Volador.

1895

3712

21

BX874
.A4
C3
1895
c.1

003772



1080027446



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

Nos el Doctor Don Próspero María Alarcon y Sánchez de la Barquera, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de México.

Al M. I. Sr. Dean y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Metropolitana, al M. I. Sr. Abad y Cabildo de la Insigne Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, al Clero secular y regular, y á todos los fieles de este Nuestro Arzobispado, salud y bendicion en Nuestro Señor Jesucristo.

AMADÍSIMOS HERMANOS É HIJOS NUESTROS:

Próxima la sagrada época del Adviento, en la cual la santa Iglesia nos invita con sapientísimas reflexiones á fijar con más intensidad la consideracion en nuestro eterno destino, y á prepararnos para conmemorar con eficacia el Nacimiento de nuestro divino Salvador; conviene sobremanera que, alejado por completo el corazon de terrenas aficiones y de frívolos pensamientos que de algun modo pudieran oscurecer la serenidad de nuestras almas, meditemos sobre estas grandes lecciones del santo Evangelio, que, siguiendo el orden de la sagrada liturgia, vamos á exponer brevemente.

Predicaba nuestro divino Salvador en el pórtico del templo de Jerusalem, como nos refiere el evangelista San Lucas, y dijo á sus discípulos: " *Y habrá señales en el Sol, y en la luna, y en las estrellas, y en la tierra consternacion de las gentes por la confusion que causará el*

40974

003772

bramido del mar y de las olas. Los hombres se secarán de miedo en la expectacion de lo que vendrá sobre todo el mundo, porque las virtudes de los cielos se conmoverán. Y entónces verán venir al Hijo del hombre sobre una nube con gran poder y majestad. Y cuando estas cosas empiecen á suceder, mirad á lo alto y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra redencion." Y les propuso esta comparacion: "Mirad á la higuera y á todos los árboles, cuando empiezan á producir el fruto conocéis que está cerca el estío. Así tambien vosotros cuando vereis suceder estas cosas, sabed que el reino de Dios está cerca. En verdad os digo que no pasará esta generacion sin que todas estas cosas sucedan. Pasarán el cielo y la tierra, pero mis palabras no pasarán."

Entre esas señales de que nos habla nuestro amabilísimo Jesus, una es la de que el sol en aquella época tan temida se oscurecerá; y esto debe hacernos considerar que el Sol de nuestras almas, fuente inexhausta de esplendorosa luz y de vida consoladora, es Jesucristo nuestro Señor, y que este divino Sol aparece ya oscurecido para muchos que por desgracia se empeñan en no conocerle. Tales son, entre otros muchos, los cismáticos que componen las llamadas Iglesias de Oriente, ramas que un día florecieron lozanas y vigorosas en el árbol frondosísimo de la Iglesia católica, y hoy, privadas de la divina savia de que en tanta abundancia rebosa el Corazon sacratísimo de Jesus, muéstranse totalmente desfiguradas, secas, faltas de verdadera vida. Despues que por su desdicha se apartaron de la verdadera Iglesia ¡cuán sostenidos esfuerzos no desplegaron los Papas San Nicolás I y Adriano II para apartarlas del funesto cisma en que las habian sumido la ambicion de Focio y la perfidia de Bardas á mediados del siglo IX! Y ¡cuán apostólico no se mostró el celo de San Leon IX, al rechazar con singular ilustracion y santa energía las injustas imputaciones que algunos cismáticos se atrevían á hacer á la Iglesia católica, acriminándola por emplear en el augusto Sacrificio del altar el pan ázimo, y prescribir el ayuno de los sábados durante la Cuaresma! "Lo que Jesucristo nos ha recomendado con más empeño, les decía el santo Pontífice, lo que en favor nuestro pidió á su Eterno Padre, es la paz y la union. ¡Ay del mundo por los escándalos! ¡Ay de los hombres miserables que rompen la union de la Iglesia, más crueles en esto que los mismos verdugos de Jesucristo, que respetaron al ménos su túnica inconsútil! ¡Baldon á la impiedad herética, que se esfuerza en dividir esta union indivisible! ¡Léjos de ella esos pérfidos

buitres, esas aves de rapiña que sólo viven con la muerte de otros! Que vuelva al Arca la Paloma, aquella Paloma mística, que reposando sobre la divina cabeza del amable Jesus, anima todo su cuerpo, que es la Iglesia. ¡Ay de los hombres soberbios, que miembros y precursores del Anticristo, funesto rey de los hijos del orgullo, no cesan de sembrar la peste de la cizaña en medio del trigo, y asolar, en cuanto de ellos depende, la mies que el cielo espera recoger!"

Por desgracia, estos ayes tiernísimos de intenso dolor no hallaron eco en los endurecidos corazones de los cismáticos, víctimas de la ambicion y del orgullo: la tenacidad que en sostener herejías y persistir en el cisma mostraron Cerulario y sus secuaces, pusieron á los legados del Papa Víctor II en la triste necesidad de fulminar contra ellos sentencia de excomunion. Y si en el siglo XIV, despues de tan extraordinarios esfuerzos por parte de Eugenio IV, manifestaron los griegos someterse á la santa Sede en el Concilio de Florencia confesando nuestra santa fe, pronto se arrepintieron, por desgracia, de esta union que debieran considerar era para ellos tan gloriosa; y de nuevo se precipitaron en el cisma, fecundo manantial para ellos de humillaciones y desdichas. Desde entónces, como desde el principio del cisma ¡cuán serias y paternales amonestaciones les dirigieron los sumos Pontífices, qué encíclicas tan oportunas y tan sabias, qué invitaciones tan delicadas y cariñosas, para que, deponiendo sus injustas prevenciones y sistemática hostilidad, abrazasen la verdadera fe de Jesucristo, y se uniesen á la santa Iglesia romana, único y efficacísimo remedio para salir de la abyeccion tristísima en que yacen, y fundadamente aspirar á felices destinos!

¿Cómo no apresurarnos á coadyuvar al paternal y sostenido interés con que nuestro inmortal Pontífice el Sr. Leon XIII atiende, en medio de su gloriosa pobreza, á la salvacion de las almas de aquellos desgraciados cismáticos? Gracias á su abrasado celo, bien podemos en alguna manera decir que, como en tiempo de Ezequiel al soplar el espíritu del Señor sobre aquellas secas y aisladas osamentas, "entró en ellas espíritu, y vivieron, y se levantaron sobre sus piés como un ejército numeroso en extremo;" así en esas desventuradas regiones en que el cisma vive todavía, aunque abatido y maltrecho, sobre numerosas familias por tanto tiempo muertas á la gracia y á la luz de la verdadera fe, ha soplado el Espíritu del Señor, dándoles nueva vida y formando con ellas como un ejército valeroso, que aumentando

las brillantes filas, numerosísimas ya, de los hijos de la Iglesia católica, no puede ménos de imponerse á sus obstinados enemigos, aún más que por el número, por la eficacia de su union y la viveza de su fe. Pero estas consoladoras conquistas, que tanto acrecientan la gloria del Corazon sacratísimo de Jesus, agotan por otra parte los recursos que la caridad de los fieles de todo el mundo católico ofrece al sumo Pontífice bajo el piadoso y antiquísimo título de *Obolo de San Pedro*; y preciso es que todos los que de hijos fieles nos preciamos, ayudemos con algunas limosnas á un objeto tan caritativo y de tanta gloria de Dios.

Para que de esta grande necesidad os formeis idea más precisa, hé aquí algunos párrafos de la Carta con que se ha dignado honrarnos la Santidad del Sr. Leon XIII: "A la caridad de la Iglesia, desde que comenzó á existir, se debe el origen de la práctica que poco á poco fué difundiendo por todas partes, de presentar *ofrendas á los piés de Pedro*. Porque ciertamente esta piedad de los fieles del orbe entero se esforzó siempre por atender en sus angustias al Vicario de Cristo en la tierra, al cual, habiéndosele usurpado por inicua persecucion y agravio el gobierno temporal y civil de que gozaba, se le despojó tambien de los recursos que, mediante su debida administracion, eran adecuado auxilio para llenar cumplidamente el encargo apostólico. Gracias, pues, á ese socorro del pueblo cristiano, hemos podido hasta aquí satisfacer en mucha parte las graves necesidades de Nuestro oficio; pero, aumentándose más cada día esas necesidades por ofrecerse nuevas ocasiones de trabajar más, por la misericordia de Dios, en creciente beneficio de la Iglesia y para obtener la salvacion de muchas almas, encontramos que Nuestras actuales circunstancias en punto á recursos, no Nos permiten obrar como quisiéramos. Deploramos una tal situacion, porque precisamente Nos hallamos á punto de comenzar á lograr el ardiente deseo á que heinos venido consagrandos todos Nuestros desvelos: *traer á la unidad con nosotros á todos los pueblos disidentes*; teniendo encaminados de una manera principal estos afanes y cuidados á conseguir que las Iglesias de Oriente, que por tanto tiempo han estado separadas, vuelvan á la paz y estrecha union con nosotros. En verdad que abrigamos buena esperanza de que Nuestro empeño ha de tener un éxito feliz; mas para restaurar el antiguo esplendor de las Iglesias católicas que, encontrándose en muchas y grandes necesidades, reclaman auxilios casi para todo, es

muy necesario que Nos les acudamos con oportunos socorros, y con toda preferencia les proporcionemos desde luego los recursos necesarios para educar y formar á los jóvenes oriundos de sus mismos territorios, en quienes la Iglesia fija sus esperanzas. En tal virtud, y conociendo bien la piedad del pueblo Mexicano, esperamos que tú, venerable Hermano, hagas de modo que puedas cooperar con Nos en Nuestra expresada determinacion y deseo; pues á tu cuidado y diligencia corresponde hacer saber á los fieles una obra de tanta importancia como ésta, exhortándoles á que en la proporcion que les sea posible la apoyen y favorezcan con generosidad."

Y en su Encíclica "*Christi nomen*," que dirigió á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del mundo católico, les dice: "Para conducir de nuevo á la única Iglesia á todos los Orientales que de ella están separados, vosotros lo sabeis, venerables Hermanos, nada es tan esencial en primer término como reclutar un numeroso clero tomado de entre ellos mismos, un clero recomendable por la doctrina y por la piedad, y capaz de inspirar á los demás el deseo de la union; preciso es despues multiplicar cuanto sea posible las instituciones donde la ciencia y la disciplina católica sean enseñadas y puestas en armonía con el genio particular de cada nacion. Y para ello será muy oportuno abrir allí donde sea ventajoso casas especiales de educacion de la juventud clerical, y colegios en número proporcionado á la importancia de las poblaciones, á fin de que cada rito pueda ejercerse con dignidad, y que la difusion de sus mejores libros inicie á todos los fieles en el conocimiento de su culto nacional. La realizacion de estos proyectos y de otros semejantes necesitará, vosotros lo comprendéis fácilmente, grandes desembolsos á los que, como tambien sabeis, no pueden subvenir las Iglesias orientales por sí mismas en la medida que exigen tan numerosas y pesadas cargas, y á los cuales tampoco Nos es posible contribuir con la amplitud que Nos deseamos en los tiempos difíciles que atravesamos. Esto Nos obliga á pedir, dentro de los límites de la moderacion, la mayor parte de esos necesarios subsidios á la obra cuyo elogio venimos haciendo, y cuyo objeto concuerda perfectamente con el constante anhelo de Nuestro corazon."

Tales son, amadísimos hermanos é Hijos Nuestros, los vastos y salvadores designios que en favor de los desgraciados cismáticos viene realizando con inquebrantable constancia y á costa de tantos sa-

crificios Su Santidad desde hace tantos años. ¿Le dejaremos abandonado en su pobreza, y mucho más tratándose de una empresa tan noble y tan cristiana, los fieles mexicanos? No, ciertamente; que har- to sabidas son las expresivas muestras de especial consideración há- cia la Nación mexicana, que hace años venimos recibiendo de parte del augusto Vicario de Jesucristo, y nunca en verdad han sido pues- tos en duda los sentimientos de gratitud que atesoran los hijos de este país nobilísimo santificado por las virginales plantas de la Inmaculada Virgen de Guadalupe. Bien sabemos, además, que *«la limosna, como nos dice en el Libro de Tobías el Espíritu Santo: servirá de grande confianza delante de Dios á todos los que la hacen;»* porque da- da con buen espíritu y atrayendo sobre nosotros la gracia del Señor para vivir con arreglo á nuestra fe, *libra de la muerte eterna, purga los pecados* consiguiéndonos de la divina Bondad el perdón de ellos, *y nos hace hallar misericordia y vida eterna.* Y es tanto lo que en la limosna se complace Dios Nuestro Señor, que la recomienda con es- tas significativas palabras del mismo Libro de Tobías: *«Encargad á vuestros hijos que hagan obras de justicia y limosnas. . . .»* Y si tan aceptas le son las limosnas dadas á los pobres en necesidades ordina- rias, ¿cuánto mayor mérito no tendrán ante Él las que se ofrezcan á su augusto Vicario sobre la tierra, y mucho más habiendo de ser direc- tamente destinadas á la salvacion de las almas, por las cuales derramó en el Calvario toda su sangre preciosísima? De grande consuelo debe ser para nosotros aquella apreciablesísima promesa, que solemnemente nos hace á todos el Señor y ha quedado consignada en el Evangelio de San Mateo: *«El que recibe á un profeta en nombre de profeta, galardón de profeta recibirá;»* es decir, el que coopera con sus limosnas á los trabajos que llevan á cabo los predicadores evangélicos anunciando la fe de Jesucristo, será proporcionalmente participante de los gran- des méritos y de los premios amplísimos que están reservados á los misioneros; porque los grados de gloria que el Señor concede á sus servidores en el cielo, mídense por los grados del amor de Dios y de la caridad que con el prójimo se ha desplegado sobre la tierra; y gran- de prueba es ciertamente de divino amor trabajar con eficacia en uno ú otro sentido por la salvacion de las almas, ayudando á los predi- cadores apostólicos.

Con encarecimiento, pues, os recomendamos, amadísimos Herma- nos é Hijos Nuestros, que acudáis con vuestras limosnas en auxilio

de nuestro venerable Pontífice y de las importantísimas obras que está realizando entre los cismáticos de Oriente para grande gloria de Dios. Y encargamos con empeño á los señores párrocos y capellanes, que desde luego exciten con este objeto la piedad de los fieles, y co- lecten con la mayor diligencia en sus respectivas Iglesias las limosnas que á este fin sean ofrecidas, para que á la mayor brevedad posible podamos enviarlas como aguinaldo á Su Santidad en nombre de Nues- tros amados diocesanos. Pueden ser entregadas tambien en nuestra Secretaría ó al Sr. D. Jesus Urquiaga calle de Medinas núm. 7.

II

Refiérenos el evangelista San Mateo, que cuando el santo Precur- sor estaba en prisiones por haber reprendido á Heródes con santa libertad su escandalosa vida, oyó hablar de las obras maravillosas que hacia nuestro divino Salvador; y deseando que sus discípulos tu- viesen claras noticias acerca de Él y de la doctrina que predicaba, envió á dos de ellos para que le preguntasen: *«¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro?»* Y respondiendo Jesus, les dijo: *«Id á con- tar á Juan lo que habeis oido y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados. Y bienaventurado es aquel que no se escanda- lizare de Mí.»* Pero, ídos ellos, empezó Jesus á hablar, de Juan al pue- blo: *«¿Qué saltsteis á ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? Pero ¿qué saltsteis á ver? ¿Un hombre vestido delicadamente? Los que delicadamente visten, están en las casas de los reyes. Pero ¿qué saltsteis á ver? ¿Un profeta? Sí, yo os lo digo, y más que profeta. Por- que éste es de quien está escrito: «Hé aquí envío yo mi ángel delante de tí que preparará delante de tí tu camino.»*

Admirable es, amadísimos Hermanos é Hijos Nuestros, la pureza de intencion con que San Juan Bautista buscaba la verdad, y exci- taba tambien á sus discípulos á que la buscasen en el conocimiento del divino Mesías. Esto era lo que hacia tantos siglos venia recomen- dando el Espíritu santo en el Libro de la Sabiduría: *«Buscadle con sencillo corazón.»* Bien léjos de seguir este divino consejo, los fariseos, impulsados por intenciones bastardas, pedían al divino Salvador que les dijese si él era el Cristo, pero no ciertamente con el fin de ado- rarle, ni con el de admitir y practicar sus sagradas enseñanzas. Tal

es el carácter de los hombres de mala fe en sus relaciones con Dios Nuestro Señor: tal la funesta manía de los espíritus supersticiosos, que se imaginan, temerarios, poder encontrar la verdad, buscándola fuera de Dios por medios reprobados, y, muchas veces, abominables. Porque gravísimo pecado es pretender adivinar los sucesos futuros ó las cosas ocultas, invocando de una manera expresa ó tácita el auxilio del demonio, puesto que se trata de conocer algo que naturalmente no puede ser sabido. Contra esto nos previene el apóstol. San Pablo en su Carta á los fieles de Éfeso, diciéndonos: *"No queráis dar lugar en vosotros al demonio."* Y la razón es, porque el demonio es el enemigo eterno de Dios, y se esfuerza en engañarnos para perdernos: promete á los hombres satisfacer sus deseos, su ambición ó su curiosidad, diciéndoles en cierto modo lo mismo que un día se atrevió á decir á Cristo Nuestro Señor: *"Todo esto te daré, si, postrándote, me adoras;"* y la verdad es que muchas cosas, como que son contingentes y futuras, no las puede saber, y para dar noticia de otras válese con frecuencia de mentiras y anfibologías. De tal manera se opone al espíritu del catolicismo esta criminal pretension de consultar á los infernales espíritus, que los sacerdotes de los ídolos, ántes de solicitar la respuesta de sus diabólicos oráculos, clamaban en alta voz: *"Fuera de aquí el lavado y el unguido,"* ó sea el cristiano que ha sido lavado y regenerado por las aguas del bautismo, y unguido con el sagrado crisma en el sacramento de la confirmación.

Cualquiera puede fácilmente comprender que invocar á los demonios con palabras ó señales de cualquier género, es una verdadera impiedad; pues en esto se prescinde positivamente de Dios Nuestro Señor y se pide consejo y auxilio á su mayor enemigo. Este pecado gravísimo fué el que determinó la muerte temporal, y tal vez igualmente la eterna, del rey Ococías, por haber mandado consultar al ídolo de Accaron si sanaría de la enfermedad que entónces le aquejaba. Es, además, una insensatez; pues los infernales espíritus sólo pueden conocer los hechos externos, y únicamente por conjeturas lo que depende de causas necesarias. Imagínanse algunos desgraciados al recibir algunas respuestas ó comunicaciones de Satanás, que ya pueden disponer de él á su placer para proporcionar completa satisfacción á sus gustos ó á su funesta curiosidad; pero, como dice muy bien Enrique de Cassia en sus Comentarios sobre el Génesis, el demonio *"finjese preso por tí, para prenderte; vencido, para vencerte; sujeto á tu*

imperio, para dominarte; y que por arte ó industria tuya ha quedado como ligado á una imagen ó á una piedra, para más fácilmente ligarte con cuerdas de pecados y precipitarte despues en el infierno." Constituye, por otra parte, este abominable pecado un gran peligro; porque fuera de la culpa gravísima que en esto se comete, sucede alguna vez que el demonio quiere cobrar anticipadamente sus inicuos servicios, haciendo desaparecer para siempre al temerario que le consulta. El famoso Pico de la Mirándula refiere que eso hizo el demonio con un infeliz que habia invocado su favor, para que le ayudase á representar en un teatro el combate de dos héroes de Troya, Aquiles y Héctor, á fin de satisfacer la curiosidad de un príncipe.

Y no se diga que bastan, para producir ciertos efectos maravillosos, las palabras ó los gestos mismos, pues no hay natural proporción entre estos y aquellos; esas palabras por su naturaleza son muertas, y escritas en el papel sólo pueden significar algo, no hacerlo; pronunciadas, sólo pueden herir el aire como cualquier otro sonido; y tan estériles como las palabras son en este caso los gestos. A los que en estos medios tan criminales se ocupan, bien se les podrian recordar aquellas enérgicas palabras, que conmovido de profundo dolor el corazón dirigia San Pablo á los fieles de Galacia: *"Oh insensatos Gálatas, ¿quién os ha fascinado para que no obedezcais á la verdad, vosotros á quienes yo he hecho conocer á Jesucristo, tan vivamente pintado y como crucificado á vuestros ojos?"* De nuevo le crucificáis; pues habiéndole prometido fidelidad en el bautismo, y renunciado al demonio, ahora, renunciando á Cristo, comunicáis con los demonios y haceis pacto con ellos.

Y que este linaje de portentos verifican con intervencion del demonio, ya lo decia hace muchos siglos uno de los filósofos paganos, que con más tenacidad hicieron la guerra á la Iglesia católica. *"Todo el que no domina al demonio y se deja vencer de él, se expone á ser el juguete de mil movimientos desordenados cuando él enciende el fuego de la cólera ó el ardor de la concupiscencia. . . ."* *"Verifican-se por la virtud de los demonios embusteros todo género de prodigios. Así, todos los charlatanes que se entregan á operaciones mágicas, respetan á estos embusteros demonios, y particularmente á su jefe. Estos hombres tienen á su disposición una multitud de engaños, y saben fascinar los ojos de las turbas con mil prodigios asombrosos. Por su medio preparan los demonios embusteros sus filtros ponzoñosos, que*

encienden el fuego de las pasiones, y por ellos inspira el amor á la sensualidad, á las riquezas, á la vanagloria y á los engaños. La mentira es la cualidad natural de estos demonios; quieren ser tenidos por dioses, y que su principal poder sea mirado como la divinidad suprema.»

Y lo que este filósofo gentil decía, nos lo asegura, por desgracia, la experiencia de los siglos, principalmente la del actual, y nos lo confirman desde tiempos remotísimos algunos de los libros de la sagrada Escritura. De los formidables esfuerzos que incesantemente despliega Satanás para perder á los hombres, hasta el punto de excitarlos por medios ingeniosísimos á que con él estrechamente se comuniquen, nos hablan bien claro los sagrados libros de Moisés; y nadie habrá que á los escritos de este célebre caudillo é inspirado legislador niegue el crédito que se merece, siquiera bajo el punto de vista histórico; sería esto muy poco razonable despues que de una manera tan expresiva han dado testimonio de su veracidad los más obcecados racionalistas. Escribia Renan en la *Revue des Deux Mondes*: «Si atentamente miramos en su conjunto el desarrollo del espíritu hebreo, nos llama la atención este elevado carácter de *perfección absoluta* que da á sus obras el derecho de ser miradas como clásicas. . . . Sólo entre los pueblos de Oriente, Israel ha tenido el don de escribir para el mundo entero.» En la misma revista decía Littré el 1.º de Julio de 1857: «Los libros de los hebreos son los más lejanos entre los monumentos escritos que poseemos, y fuera de ellos no hay más que leyendas, tradiciones y conjeturas.» Y otro impío llamado Salvador, tan incrédulo como los anteriores, se expresa en los siguientes términos: «En la sagrada antigüedad, Moisés, hombre de acción, profeta é historiador por excelencia, es evidentemente el genio predominante, el gran maestro. Pongamos de nuevo la cuestión sobre el terreno, de qué hace tiempo ha sido alejada. Si los trabajos de Moisés le merecen una gloria real, léjos de poder compararse con ella la grandeza de Egipto (cuya ciencia poseyó), no hará más que realzarla; porque esta última ha desaparecido, y apenas basta todo el arte de las investigaciones para seguir sus huellas; pero *Moisés ha vencido, y sus obras son leídas con grande honor en todas las naciones.*»

Pero fuera de lo que Moisés nos dice en algunos de sus sagrados libros, ¿no estamos viendo por desgracia con cuánto ardor se preocupan muchos, desarrollando esos trascendentales y funestísimos sis-

temas de intuiciones anímicas, éxtasis psicológicos, adivinaciones que algunos llaman naturales, y fuerzas elementales y magi-magnéticas de la naturaleza, que tanta perturbacion causan en la sociedad y tantos é irreparables daños en las almas? De las pretendidas apariciones de Teseo marchando á la vanguardia de los griegos en la batalla de Maraton, de las hijas de Scedacio errando al rededor de sus sepulcros, y de otras consejas por el estilo, viene en gran parte ese triste empeño de evocar espíritus y de relacionarse con Satanás. De cuentos de este género «viene, dice Quintiliano, la aparicion de las almas evocadas, la vista de su imágen, de sus semblantes y de su cuerpo, los oráculos y preceptos nocturnos, las fiestas infernales y el honor que se tributa á sus sepulcros.» Verdaderas bibliotecas han sido escritas en este siglo en Alemania, Inglaterra y Francia acerca de las apariciones *transmundanas* de los espíritus; y por más que se las atribuya á la «acción objetiva de un agente físico todavía desconocido,» ó á la «perturbacion subjetiva del sistema nervioso por efecto de cualquier desórden en la circulacion nerviosa ó sanguínea,» ó al desarrollo psico-fisiológico de cualquiera facultad latente que pueda producir el llamado éxtasis, no faltando entre los más serios pensadores de este género quien lo atribuya tambien á charlatanería; ello es que con toda verdad interviene en esas operaciones, la mayor parte de las veces, el espíritu infernal. Porque son fenómenos que exceden las fuerzas humanas, y aun las naturales humanamente aplicadas, tales como indicar las cosas ocultas, hablar en lenguas desconocidas, y otras de este género: atribuirlo á Dios Nuestro Señor ó á los ángeles buenos, sería blasfemia, pues se trata de medios ridículos y fines nada honestos; únicamente, pues, á Satanás pueden ser atribuidos. Y á juegos abominables de esta clase se referia tambien S. Pedro Crisólogo, cuando decía: «*El que quisiere jugar con el diablo, no podrá gozarse con Cristo.*» En el *Gémara* se refiere de un modo bastante expresivo la intervencion que en estas apariciones trasmundanas tenia el espíritu infernal: «El nigromante, segun la tradicion, despues de haberse preparado con abstinencias, dirigiese al sepulcro, y allí pasaba la noche para que viniese á hablarle el espíritu impuro.» A esto añade el *Raschi*: «En el sepulcro habia un demonio que se agregaba al espíritu, para ayudarle en esta obra mágica.»

¡Cuánto mejor no les estaria á esos espíritus criminalmente curiosos meditar sobre aquellas palabras sapientísimas que á su compa-

ñero Fray Reginaldo, agitado un día del deseo de penetrar el inescrutable misterio de la Predestinación, decía San Francisco de Asís: «Basta la ribera del mar para lavar los pies, las manos y todo el cuerpo; necio es el que quiere escudriñar cosas altas ú ocultas: basta la ciencia de vivir santamente.» Y esta culpable necedad la castigaba Dios Nuestro Señor en el capítulo 20 del sagrado Libro del Levítico con pena de muerte: «Hombre ó mujer, en quienes hubiere espíritu pythónico ó de adivinación, mueran irremisiblemente: los matarán á pedradas: su sangre sea sobre ellos.» Siglos despues, el mismo emperador Tiberio decretó se quitase la vida á los magos y astrólogos extranjeros, y fuesen desterrados los del país. ¿A qué recordar las leyes de otras muchas naciones y las penas canónicas á que estaban sujetos los que de un modo más ó ménos ostensible tenían relaciones con Satanás? En nuestros días ha cundido tanto, por desgracia, esta funestísima manía de evocar á los espíritus y relacionarse con el demonio, que no serán muchos tal vez los que entre vosotros ignoren que á Satanás, el eterno enemigo de Dios Nuestro Señor, han tenido la inconcebible temeridad de tributar alabanzas y rendido culto hombres sobremanera desgraciados, blasfemos y abiertamente impíos. Y aunque el alma tiembla al recordar estas blasfemias horribles, preferimos renovar Nuestro angustioso dolor, para daros la voz de alerta, y haceros conocer el verdadero fin á que tienden esas evocaciones de espíritus, ese horrendo pacto, más ó ménos explícito con Satanás: ese fin es la deificación del demonio, el adorarle como dios. Hé aquí las pruebas.

En nuestros días, Schelling tuvo valor para decir: «Satanás, este principio móvil de la historia (la cual sin él arribaría á un estado de estancamiento y de sueño) es una potencia recibida en la economía de Dios, á la cual debemos el *respeto* que se merece toda autoridad *legítima*." M. Eliphaz Lévy no vaciló en asegurar que: «El diablo, que ha sido *calumniado* de fealdad, no es más que una luz astral que atrae como el iman." Y á estos no les iba en zaga el *Journal des Débats* cuando decía ya en 1855: «Satanás nunca fué más que un revolucionario infeliz, al que la necesidad de acción impulsó á arduas empresas, y la Edad Media pintó á su placer, feo, embustero, torturado, y con el cual nosotros hemos venido á ser muy indulgentes." Pero entre tan escandalosas blasfemias, que no pueden ménos de hacer temblar al hombre más indiferente que no haya llegado todavía á ese extremo de delirante impiedad, no pueden leerse sin horror estas que

el desgraciado Proudhon ha tenido la infernal locura de estampar en una obra abominable: «Ven, oh tú, amado de mi alma, oh tú, el calumniado del siglo; ven, Satanás..... A mí, Satanás, por más que tú seas el demonio que la fe de mis padres opuso á la Iglesia y á Dios; yo anunciaré tu palabra! Ven, Satanás, ven, el *calumniado* por los sacerdotes y los reyes; que yo te abrazo y te estrecho á mi corazón... Mucho tiempo hace que te conozco, y tú me conoces tambien.—*Espera* todavía, oh proscrito! Yo no puedo poner á tu servicio más que una pluma, pero vale más que millones de boletines.»

Ya lo oís, Hermanos é Hijos Nuestros amadísimos: los adoradores de Satanás lisonjean sus implacables odios y sus destructores planes, diciéndole que *espere*, mientras ellos se encargan de prepararle los caminos de su reinado sobre la tierra. ¿Puede darse lenguaje más temerario y más impío? ¿Hubieran hablado mejor en favor de Satanás los mismos demonios? ¿Vais comprendiendo cuál es el disimulado fin de esa nueva y asoladora herejía de evocaciones de espíritus y de relaciones satánicas?

Preguntaba en Viena el célebre P. Deschamps á uno de los sabios más distinguidos: «Puesto que el Protestantismo se disuelve en el Racionalismo, y no siendo posible que éste llegue á ser popular, ¿qué errores serán los que en adelante abracen aquellos que se empeñen en apartarse de la verdad?» A lo cual respondió el sabio: «Todo indica el advenimiento de cualquiera nueva forma de *theurgia* (magia) y de *superstición*." El recuerdo de esta contestación, añade el P. Deschamps, me impresionó, y no podía ménos de impresionarme al ver que de ambos mundos se ha apoderado la fiebre de los espíritus. El hecho sorprendente de esta aparición basta, no se puede negar, para hacernos reconocer *con evidencia* la posibilidad de volver á aquella idolatría, de la cual nos ha dicho San Pablo en su primera Carta á Timoteo: «*El Espíritu de Dios dice abiertamente que en los últimos tiempos muchos abandonarán la fe adhiriéndose á los espíritus del error y á las doctrinas del demonio*." ¡Ah! No permita Su divina Majestad que esto suceda en la Nación mexicana, siempre y con tan maternal cariño protegida por la Santísima Virgen de Guadalupe! ¡Que entre esos *muchos* no se cuente ninguno de Nuestros amadísimos diocesanos, á quienes, para advertirlos de este peligro gravísimo, dirigimos estas tristes consideraciones impulsados por Nuestro paternal amor!

Es deber Nuestro ántes de poner fin al asunto correspondiente á este

domingo, recordar á Nuestros muy amados diocesanos las prevenciones que el año anterior hicimos acerca de la irregular y peligrosa costumbre de celebrar las *Posadas*, fuera de los casos en que, por tratarse de individuos de la misma familia ligados entre sí con estrechos vinculos de parentesco, no haya peligro alguno. Y de nuevo encargamos á Nuestros amadísimos cooperadores los señores párrocos, vicarios, predicadores y confesores, empleen su reconocido celo en excitar á todos al cumplimiento de dicha disposicion. Así, buscando con pureza de corazon al divino Niño Jesus, que benignísimo baja de los cielos ansioso de reinar en nuestras almas y de enriquecerlas con sus preciosos dones, le encontraremos por nuestra dicha, que no puede haber sobre la tierra mayor felicidad para el alma, que unirse íntimamente con su Dios por medio de la gracia santificante, huyendo todo género de peligros en que pueda naufragar la inocencia.

Y en esta sagrada época de Adviento clamemos fervorosos al Señor, adhiriéndonos con todo empeño al espíritu de Nuestra santa Madre Iglesia, que con instancias ruega á su divino Esposo Jesus se digne favorecerla con dignos ministros. Porque son muchas y muy graves las necesidades de la sociedad en el presente siglo, y extenso sobremanera el campo en que los nuevos sacerdotes deberán ejercitar su espíritu apostólico y su ardiente caridad en favor de las almas.

III

La santa Iglesia propone á nuestra consideracion en este tercer Domingo de Adviento el siguiente pasaje evangélico, que nos refiere el evangelista San Juan: "*Y hé aquí el testimonio que dió Juan, cuando los judíos le enviaron de Jerusalem sacerdotes y levitas que le preguntasen: ¿Quién eres tú? Porque él confesó la verdad y no la negó, y confesó: No soy yo el Cristo. Preguntáronle, pues: ¿Qué! ¿Eres Elías? Respondió: No soy. ¿Eres profeta? Y respondió: No. Dijéronle ellos: Pues ¿quién eres para llevar la respuesta á los que nos enviaron? ¿Qué dices de tí mismo? Yo soy, dijo, la voz del que clama en el desierto; enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaias. Y los que habian sido enviados eran fariseos, y le preguntaron: Pues ¿por qué bautizas si no eres Cristo, ni Elías, ni profeta? Respondióles Juan diciendo: Yo bautizo en el agua; pero en medio de vosotros está uno que vosotros no conoceis. Ese es el que ha de venir despues de mí, que fué*

preferido á mí, á quien yo no soy digno de desatar la correa de los zapatos. Estas cosas pasaron en Bethania, del otro lado del Jordan, donde Juan bautizaba."

A muchas y profundas meditaciones se presta, amadísimos Hermanos é Hijos Nuestros, esta pregunta que al santo Precursor dirigian los fariseos: *¿Quién eres tú?* Despues de hacérsola cada uno á nosotros mismos reconociendo humillados nuestra miseria, hagámosla en nombre de Dios Nuestro Señor á aquellos infelices, que victimas del feo vicio de la embriaguez, yacen con frecuencia en un estado sobre toda ponderacion deplorable, que apenas puede conciliarse con la dignidad de hombre. *¿Quién eres tú?* Es admirable el grado de nobleza á que Dios ha elevado al hombre, pues de él dice divinamente inspirado el Real Profeta: "*Hicistele poco menor que los ángeles, le has coronado de honor y de gloria, y le has constituido sobre las obras de tus manos.*" En estos términos se expresaba David en el salmo VIII; y en el XLVIII, como si en el hombre hubiese advertido algun cambio notabilísimo y sustancial, dice: "*El hombre cuando estaba en honor, no lo entendió; ha sido comparado á las bestias insensatas, y se ha hecho semejante á ellas.*" ¿Cómo se explica tan rápido y lamentable descenso? Estaba el hombre en honor, y *no lo entendió*; porque el que tiene la desgracia de ser esclavo del vicio de la embriaguez, no puede entender la grandeza de su dignidad. "*La embriaguez, dice San Isidoro, causa perturbacion en el alma;*" y San Bernardo añade que "*el vino sin medida ofusca la mente;*" verdad ciertísima, que nadie con más razon que las tristes víctimas de esa insana pasion puede comprobar. Y ya no sólo los santos Padres, sino los filósofos gentiles como Séneca, convienen en calificar de insensatos á los ebrios, diciendo: "*Mira cuántas locuras hacen los ebrios, de que se avergüenzan los sobrios; porque la embriaguez no es más que una locura voluntaria.*" Y cierto que si examinásemos muy por menor la trascendental irregularidad de esas locuras, y por otra parte la grandeza del alma racional, no acertariamos jamás á comprender qué relacion pudiera existir entre unas y otras. "*Contemplad á un ebrio, dice el Rmo. P. Roothan, S. J.; ¿qué pensáis acerca de él? ¿Qué diferencia notais entre él y el bruto? en las manos? en los piés? en los ojos? en la boca? Todo esto tienen tambien las bestias; pero de ello usan mucho mejor. ¿Por ventura os fiaríais de ese hombre para un asunto de importancia? á tal comerciante, ¿entregaríais vuestro dinero? á tal abogado ¿confia-*

riaís vuestro pleito? ¿respetariaís á ese, si fuese vuestro maestro? ¿admitiríais tal criado á vuestro servicio? ¿le recibiríais por esposo? Tristísima es la pintura que de esos desgraciados, con más ó menos frecuencia sometidos á la vergonzosa influencia de los licores espirituosos, hacen los santos Padres y los filósofos. Valga por muchas esta breve reflexion que hace San Juan Crisóstomo: *«¡Cuánto más dignos que un ebrio aparecen un perro y un jumento! Todos le abominan, considerándole como el oprobio del género humano!»* Baste decir que el espectáculo de un hombre entregado á la embriaguez era tan intolerable á los mismos lacedemonios, que para inculcar en la juventud el horror á este vicio, solian á veces embriagar á un esclavo á fin de que todos conociesen y abominasen los repugnantes efectos de la embriaguez.

Eclipsar de tan triste manera el brillo de nuestra alma nobilísima, no puede ménos de desagradar á Dios Nuestro Señor: por esto es pecado mortal no sólo la embriaguez completa, sino que muchas veces lo es tambien aun en otros casos, ó por razon del peligro probable de no poder discernir el bien del mal, ó por el grave daño que á sí mismo se ocasiona el ebrio, ó por el abandono é indigencia á que por sus gastos excesivos reduce á su familia, ó por contraer deudas que no puede satisfacer. Es tambien pecado mortal, aunque no quede suspenso el uso de la razon, cuando aun en este caso suele el ebrio cometer ciertos pecados, ó ve que probablemente se expone á peligro de cometerlos; cuando por sus circunstancias especiales prevé que se originará algun escándalo; y cuando, aun sin tales peligros, cifra en estos excesos la satisfaccion de su vida, prefiriendo estos gustos miserables al amor purísimo que debe á su Dios. Todos estos desgraciados están formalmente contenidos en aquel formidable anatema que nos recuerda el apóstol San Pablo en su primera Carta á los fieles de Corinto: *«Ni los libidinosos, ni los idólatras, ni los adúlteros..... ni los ebrios..... poseerán el reino de Dios.»* San Cirilo de Alejandría dice que así como la abstinencia es la madre de todas las virtudes, *«la embriaguez es el semillero de todos los vicios.»* Y bien claramente se quejaba de esto el Real Profeta en el Salmo LXXII, cuando decía: *«Por eso se apoderó de ellos la soberbia; cubiertos están de sus iniquidades é impiedad..... Pusieron contra el cielo su boca, y la lengua de ellos anduvo por la tierra.»* La causa de tan temeraria impiedad la atribuye el Espíritu santo á la embriaguez; porque *«como*

de la grosura (es decir, de la gula y de la crápula) *nació su iniquidad, pasaron al efecto de su corazon,*» satisfaciendo todo género de indignas pasiones; porque *«es la embriaguez, segun San Juan Crisóstomo, la fuente y el fundamento de todos los males.»*

Es, además, contraria á la salud y acorta la vida; por eso decia de ella San Ambrosio: *«Aténtase á la vida del cuerpo con el veneno, á la del alma con el vino; la embriaguez es nociva á la salud corporal; contra la del espíritu comete además un crimen.»* Y ¡cuántos, que no tienen bastante fuerza de voluntad para vencerse renunciando á este vicio tan humillante, van poco á poco contrayendo nuevas enfermedades y acaban con una muerte prematura! Porque escrito está en el sagrado libro del Eclesiástico: *«Muchos murieron á causa de la embriaguez; pero el abstinentes alargará su vida.»*

¿Cómo no deplorar los vergonzosos excesos de la embriaguez, tan generalizada en las más de las clases sociales, inutilizadas casi por completo, á causa de ese vicio, millares de inteligencias que hubieran podido ser preclaras, multiplicadas por todas partes las enfermedades, acortada en muchos la vida, y arrebatados tantos otros á sus familias extinguida su existencia en la flor de su edad? Sabido es aquel proverbio: *«En la mesa nadie envejece,*» que algunos han interpretado con poco acierto, diciendo que la alegría de los convites rejuvenece á aquellos que los frecuentan; pero su verdadero sentido es, que aquellos que gustan de comer inmoderadamente y beber con exceso, no envejecen, sino que mueren antes de tiempo. A este propósito decia San Ambrosio: *«¿Excítalos á que se alegren? Los obligas á la muerte.—¿Invítalos á comer? Es que quieres conducirlos al sepulcro.—¿Ofrécesles viandas? Les proporcionas tormento.—¿Brindasles con vino? Esparces veneno.»* Todo esto dice el santo Doctor al hablar de ciertos convites, en que de ordinario reina, no la cristiana caridad, sino la intemperancia.

La embriaguez no sólo arruina la salud y acorta la vida, sino que empobrece. *«El que ama banquetes, en pobreza estará; el que ama el vino y el buen bocado, no se enriquecerá,*» dice el sagrado libro de los Proverbios. No intenta con esto darnos á entender el Espíritu santo que hayamos de descuidar el proporcionarnos necesario alimento, puesto que Cristo Nuestro Señor nos invita á que digamos en la oracion: *«El pan nuestro de cada día dánosle hoy,*» y á que le busquemos por medio de honrado trabajo. Lo que reprueba es el afecto

excesivo, la superfluidad, la avidez, las delicias de los manjares y de la bebida, y el regalo del paladar. Y al pensar en esto, Hermanos é Hijos Nuestros amadísimos, ¡qué amargas consideraciones se Nos ofrecen! Vemos con el más intenso dolor que se profanan de la manera más escandalosa los días de fiesta, días sagrados que el Señor se ha reservado para Sí con el fin de que el hombre descanse de sus ordinarias fatigas, y en ellos le tribute especiales adoraciones y culto más solemne. Pues bien; habreis observado ya más de una vez que á proporcion que cunde esta impía despreocupacion, esta rebelion escandalosa y temeraria contra la ley santa de Dios, profanando con serviles trabajos los días festivos, extiéndense por todos los pueblos misteriosos cambios de fortuna, inesperadas calamidades, la escasez y el hambre. Es ya muy antigua la sentencia de que lo adquirido contra la ley de Dios, especialmente en los días de fiesta, vendrá á constituir el honorario de los boticarios y de los médicos; porque Dios Nuestro Señor suele amorosamente castigar con enfermedades más ó ménos prolongadas pecados de esta naturaleza. Unido á ese funesto desórden, del cual deberíamos avergonzarnos ante los protestantes, los judíos y aun los mahometanos, que á su modo santifican escrupulosamente sus fiestas; la Religion y la Sociedad vense precisadas á lamentar otro de no menores proporciones, y que no ménos debe humillarnos también á los ojos de Dios y de los hombres. Nos referimos á esa costumbre tan poco culta como fecunda en abominaciones y crímenes de toda clase, al vicio de frecuentar las cantinas, especialmente en los días de fiesta, gastando en ellas muchos infelices la mayor parte de las ganancias de la semana, derrochando en repugnantes excesos lo que debiera emplearse en alimentar á la familia y cubrir cristiana y decentemente su desnudez, agotando, en fin, con todo género de intemperancias las fuerzas que debieran cuidadosamente conservar para el trabajo. Mucho se habla y con frases demasiado enfáticas se preconiza la virtud del trabajo; pero ¿quién como la Iglesia ha sabido reglamentarle jamás para que el hombre, incomparablemente superior á las máquinas, conserve en él su salud y santifique su alma? Si dóciles á la ley de Dios y á la dirección de la Iglesia, los hombres se abstuviesen del trabajo en los días festivos, rindiesen al divino Hacedor el debido culto, y abominasen la embriaguez y todo linaje de criminales excesos; la salud del trabajador se conservaría más fuerte y vigorosa para poder trabajar el lunes y los

demás días de la semana, estaría más serena su inteligencia, más sumisa su voluntad, más acrisolada su honradez, y mejor dispuestas sus facultades para toda clase de honestas y útiles empresas.

Por desgracia, el menosprecio con que muchos miran el cumplimiento de la divina ley, las perversas doctrinas y los escandalosos ejemplos que por donde quiera se exhiben, con tan osada despreocupacion producidos, que no parece sino que han adquirido ya en las sociedades católicas carta de naturaleza, hacen que entre nosotros se verifiquen también aquellas tristes palabras del sagrado libro del Eclesiastés: *«Todo el trabajo del hombre es para su boca; mas su alma no se llenará.»* Si; esta desconsoladora pintura es, por desgracia, entre nosotros tristísima verdad: todo cuanto ganan muchos de los infelices ebrios en su penoso trabajo, apénas alcanza á satisfacer las exigencias del asqueroso y degradante vicio de la embriaguez; y gastado todo *en la boca*, segun las inspiradas palabras del Sabio, el alma ¿cómo se ha de *llenar*? ¿Cómo ha de conservarse en el corazon de esos desventurados el verdadero temor de Dios, que hace aborrecible el pecado y amable la virtud? Hombres que en estos enervadores excesos han agotado ya casi todas sus fuerzas y entorpecido sus facultades intelectuales, ¿para qué sirven ya en la sociedad? Acostumbrados á vivir sin moderacion, sufriendo con frecuencia en ellos no pocas quiebras el decoro, sin aspiraciones dignas, sin más freno que en sus extravíos los contenga, que el temor del castigo, ¿cómo pueden ser gobernables? ¿qué garantías de integridad, de honradez y de inteligencia pueden ofrecer á sus superiores?

No es extraño que hasta los mismos paganos atendiesen con leyes oportunas al bien de sus pueblos prohibiendo la embriaguez. El mismo Platon decia: *«Con mayor eficacia todavía que los Cretenses y los Lacedemonios, mandaban los Cartagineses que nadie se atreviese á gustar el vino en los campamentos, sino que en todo el tiempo que durase la campaña bebiesen agua. Y á los magistrados en todo el año que hubiesen de desempeñar su cargo, y á los gobernadores y jueces mientras lo fuesen, prohibieron el uso del vino.»* El Espíritu santo, con el fin de anunciarnos algunas de las justas calamidades que llueven sobre los ebrios, pregunta en el sagrado libro de los Proverbios: *«¿A quién el ay? ¿á qué padre el ay? ¿á quién las rencillas? ¿á quién los precipicios? ¿á quién las heridas sin causa? ¿á quién el enturbiarse los ojos? ¿Acaso no son para aquellos que se detienen largo tiempo en*

el vino y ponen su placer en agotar copas? No mires al vino cuando rojea, cuando resplandeciese su color en el vidrio; entra blandamente, mas al fin morderá como culebra, y derramará veneno como el basilisco.» No en estas tan sólo, sino en otras muchas páginas de la Sagrada Escritura repite el Señor contra los ebrios terribles amenazas: «¡Ay de vosotros los que sois valientes para beber vino, nos dice por Isaias, y varones esforzados para escanciar la embriaguez. . . . Por esto, así como la lengua del fuego devora la paja y la abrasa el calor de la llama, así la raíz de ellos será como pavesa, y su renuevo subirá como el polvo, Porque han desechado la ley del Señor de los Ejércitos. . . . Por esto se encendió su furor contra su pueblo y extendió su mano sobre él, y le hirió; y se estremecieron los montes, y fueron sus cadáveres como basura en medio de las plazas.» ¡Ah! Si las infelices víctimas de este vicio tan funesto meditasen con amarga consideración esas palabras! «Como las espinas se entretajan unas con otras, nos dice por el profeta Nahum, así ellos cuando beben juntos en sus convites serán consumidos como paja llena de sequedad.» Tal es el triste combustible en que se cebarán las llamas eternas, sin acabar de consumirlos jamás.

Abominemos, pues, Hermanos é Hijos Nuestros amadísimos, ese feo vicio que tantos daños causa en las familias y concita contra sus desdichadas víctimas la ira formidable de Dios, ira justísima, que sabe traducirse, cuando se la desprecia, en terribles y eternos castigos. Contemplemos á nuestro amabilísimo Jesus sediento en la Cruz por nuestra salvación; y anímense nuestros corazones á corresponder á tan generoso amor, teniendo á raya nuestros desordenados apetitos y mortificándonos cuanto nos sea dable para su mayor gloria.

IV

El Evangelio que para este cuarto Domingo de Adviento nos propone la santa Iglesia, es del tercer capítulo del de San Lucas, y dice así:

«Y en el año décimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de la Judea Poncio Pilato y tetrarca de Galilea Heródes, y tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconitis Felipe su hermano, y tetrarca de Abilina Lisaniás; bajo los sumos Pontífices Anás y Caifás, hizo el Señor oír su palabra en el desierto á Juan, hijo de Zacarías. Y

fué por toda la comarca del Jordan predicando el bautismo de la penitencia para la remisión de los pecados. Como está escrito en el libro de las profecías de Isaias: Voz del que clama en el desierto; preparad el camino del Señor; haced rectas sus sendas; y todos los valles se llenarán, y todos los montes y collados serán abatidos; y los caminos torcidos se harán rectos, y los escabrosos se harán llanos. Y todos los hombres verán al Salvador que Dios envía.»

Es, pues, necesario, amadísimos Hermanos é Hijos nuestros, que á fin de disponernos á celebrar con fruto la amorosísima venida de nuestro divino Salvador, preparemos sus caminos, y hagamos rectas sus sendas, mortificando el corazón para buscarle á Él solo y no preocupándonos con el deseo de adquirir bienes temporales ni con el temor de perderlos. Esta preparacion es principalmente indispensable á aquellas personas que, fascinadas por las mezquinas satisfacciones del juego y el inmoderado afán de ganancias que se adquieran sin trabajar, viven con frecuencia en la disipacion y se exponen á gravísimos peligros. Vicio tan funesto no es felizmente de institucion humana; y quédale siquiera á nuestra pobre naturaleza, tan propensa siempre al pecado, este dulce consuelo: la invencion, como dice entre otros muchos San Antonio, Arzobispo de Florencia, débese al mismo Satanás: «Inventó el diablo los dados, encontrando en su uso toda malicia de pecado.» Y con él conviene San Bernardino de Sena, cuando dice: «El inventor de todos los males es Lucifer, enemigo del género humano y ansioso de hacer mal á todos; por eso bajo el nombre y título de juego proyectó conseguir la ruina de innumerables almas por medio de increíbles maldades.» Verdad es que no siempre aparece este vicio ostentando desde luego todos sus peligros y repugnante fealdad, porque sin darse cuenta de ellos juegan á veces personas dignas de especial consideracion y de virtud; pero eso es precisamente lo que hace más peligrosos y abominables ciertos juegos, la circunstancia de aparecer inocentes y como justificables por la intervencion de ciertas personas de algun mérito. El cazador que intenta aprisionar algun ave, no la asusta desde luego, sino que se sirve de otras de la misma especie, que con su canto la atraigan más fácilmente al lazo, en que pueda perder su libertad y la preciada gala de su rico plumaje. Que es lo que ya en su tiempo decia de Satanás el diácono San Efren: «Presa y engañada por el demonio el alma, hácese como lazo para engañar y prender á otras;» y sobre estas temibles asechanzas del infernal enemigo escri-

bía San Cipriano: *"El juego es para el diablo instrumento de caza, con que siempre es fácil aprisionar almas."* Y tan cierto es que á este execrable tentador atribuyen los pensadores más caracterizados y más santos, no sólo la abominable invencion del juego, sino tambien sus tristes y funestísimos resultados, que San Juan Crisóstomo dice: *"No es Dios el que invita al juego, sino el diablo. Porque éste es el que redujo á arte las chanzas y los juegos, para atraerse por este medio á los soldados de Cristo;"* cuyo pensamiento explica de este modo el angélico Doctor Santo Tomás: *"Estas palabras del Crisóstomo deben entenderse respecto de aquellos que se valen del juego de una manera desordenada, y principalmente de los que cifran su fin en el placer del juego."*

¡Ah! ¡Y cuántos hay, por desgracia, que en él hacen consistir toda su satisfaccion! Porque de tal manera se aficionan á las inquietudes y atormentadoras ansias de esta desgraciada pasion, que no parece sino que para sólo eso han sido creados, que ese es el triste destino de disipacion y de holganza que á ellos solos entre los demás seres laboriosos de la creacion les ha sido designado. No importa que los demás individuos de su especie den constantes muestras de su actividad y de sus talentos glorificando á su Dios, atendiendo al perfeccionamiento de su espíritu y trabajando por el bien temporal ó espiritual de sus prójimos; el jugador, cual si estuviese exento de los deberes comunes á los de su especie, como si no hubiese para él más gloria que las varias figuras y atractivos de sus juegos, ni más Dios que las soñadas ganancias á que aspira, gózase en romper temerario ese concierto unánime de alabanzas que al divino Hacedor tributan sin cesar hasta los seres insensibles, y la encantadora armonía en la observancia de la ley, en el trabajo y en el sólido progreso, á que deben atender con incesante empeño todas las criaturas racionales. Es, en fin, del número de aquellos, de quienes dice el Espíritu santo en el libro de la Sabiduría: *"Juzgaron que era juego nuestra vida."* ¡Triste vida, en la cual mientras tienen la desgracia de ser víctimas de tan odiosa pasion, voluntariamente se someten, como decia San Basilio, al vergonzoso papel de ser despojados ó favorecidos por Satanás: *"El espíritu maligno asiste á los juegos. Proporciona ganancias unas veces á éste, otras al otro; y tan pronto concede á uno la victoria como agobia á los demás con la amargura de la derrota."*

De la fealdad de este vicio dice el Abulense: *"Sufren todo género*

de oprobios por el placer del juego y de la ganancia: el jugador, el despojado de muertos y el ladrón son torpes ganadores: porque por el afán del lucro todos ellos negocian y consienten en ser afrentados." Por esto decia Francisco Petrarca que *el juego "es la nube que cubre la fama, y el estímulo de todas las maldades."* Aun entre los turcos, el que cometa el delito de jugar dinero era declarado infame y castigado con mucha severidad. Y los lacedemonios de tal manera aborrecian el juego, que Quilon, nombrado embajador para celebrar con los de Corinto un tratado en nombre de sus compatriotas, habiendo sorprendido en el juego á los principales personajes de aquel país, abstuvo de hacer respecto á la comision que llevaba indicacion alguna, y regresó inmediatamente á su patria, diciendo á los de su nacion que no queria apareciese manchada la gloria de los espartanos confederándose con jugadores. No era cristiano Aristóteles, y sin embargo comprendia con tanta claridad lo que hay de feo y de repugnante en este vicio, que en su *Ética* desprecia como deforme y poco honesto el juego de dados y de cartas, llama ladrones á los jugadores y califica de indigno de un hombre el lucro que procede del juego. Y Petrarca, no ménos enemigo del juego que el filósofo de Estagira, dice: *"¿Qué hombre, ó más bien qué bestia tan cruel puede complacerse en el juego, en que abundan la iniquidad é impiedad deformísimas? En él, fuera del semblante de los hombres, nada hay humano; y aun en el semblante mismo la ira y la tristeza, y los confusos clamores propios de una fiera tampoco son humanos. En él no hay decoro en las costumbres, ni modestia en las palabras, ni amor á los hombres, ni reverencia hácia Dios, sino pleitos y rencores, dolo y perjuros, rapiñas, heridas, y al último, homicidios..... En él está el reinado de todos los vicios."*

Y bien clara aparece, amadísimos Hermanos é Hijos nuestros, la propiedad y exactitud con que está hecha esta triste pintura. Cuando despues de repetidas pérdidas observa el jugador que ha desaparecido todo su caudal, el de su familia, y hasta el ajeno, que tal vez se le habia confiado bajo la fe de su palabra ó de un juramento, ¿cuántas veces no siente oprimido con profunda amargura el corazón, presa el alma de imágenes sombrías capaces de exaltarle hasta un grado de desesperacion horrible, que le impulse á cometer los crímenes más atroces, poniendo en peligro la salvacion eterna de su alma? Muy bien decia San Antonino sobre esta deplorable fecundidad de peligros y de pecados que existe en el juego: *"Es la deshonor del Cristianismo,*

contra lo que dice San Pablo en su segunda Carta á los fieles de Corinto: "Que no sea vituperado nuestro ministerio," es decir, el obsequio con que servimos á Cristo; pero por el juego se sirve el diablo. Porque así como Dios inventó primero veintiuna letras, pues las otras con posterioridad fueron añadidas, para componer la biblia, en que se contiene toda la sabiduría revelada; así tambien inventó el diablo los dados, que son como su biblia, en la cual escribió veintiun puntos como letras propias suyas, en cuyo uso encuéntrase toda la malicia del pecado; porque ¿qué cosa mala hay que no se siga del juego?

En una de aquellas preciosísimas parábolas en que nuestro divino Salvador nos enseña la necesidad de aprovechar el tiempo, y los dones de naturaleza, de fortuna y de gracia que se ha dignado concedernos, nos recuerda el premio con que fueron remunerados el trabajo y la fidelidad de los que negociaron con cinco y con dos talentos, y el ejemplar castigo que mereció el siervo perezoso que no habia querido trabajar con el talento que se le habia confiado. Pues si sólo por no haber utilizado esta cantidad fué arrojado á las tinieblas exteriores, ¿cuánta mayor razon no hay para que sean severísimamente castigados los que voluntariamente exponen en el juego, y muchas veces pierden, el dinero, el tiempo, su actividad, el uso de sus potencias y sentidos, sus talentos, y hasta las gracias espirituales que su divina Majestad se ha dignado confiarles para que con ellos negocien y consigan su salvación eterna?

Ya en su tiempo notaba San Juan Crisóstomo que muchos frecuentaban los juegos, lisonjeándose de que en ello no cometian pecado alguno, por no querer fijarse en las tristes consecuencias que del juego se originan, y decia: "Asistir á los juegos no parece á muchos pecado manifesto; pero ello es que en esta vida suelen ser causa de infinitos males." Y conviene con él San Bernardino de Sena, al decir que "el juego es una obra admirable de impiédad y de iniquidad." Y esta calificación es fácilmente explicable, si se tiene en cuenta que en el juego predomina el deseo de ganancias ó la codicia, que es como su esencia; por eso dice San Antonino que los jugadores "están habituados y fundados en la codicia, y en todos los otros males;" porque, como dice en su primera Carta á Timoteo el apóstol San Pablo: "la codicia es la raíz de todos los males;" y de ella así se explica San Agustín: "Todo cuanto hay de pecado en dichos, hechos ó pensamientos, origínase de la codicia."

Con mucha oportunidad hacen observar los santos Padres que los verdugos que crucificaron á Cristo Nuestro Señor eran jugadores; los cuales buscando despues de su atrocísimo crimen la compensación de aquel bárbaro é impío trabajo, tomaron para sí las vestiduras del divino Nazareno, y cerca de la Cruz pusieron á jugar la túnica inconsútil, que durante treinta y tres años habia vestido tan íntimamente unida á su humanidad sacratísima nuestro divino Salvador. Esta preciosa túnica, que simboliza la integridad de nuestra santa fe, profanan inconsideradamente los jugadores, pues con tanta frecuencia faltan á la fe que deben á su Dios, y á la que prometen á los hombres; por eso los llama San Cipriano enemigos de Dios, idólatras y aliados del demonio, diciendo: "Cristiano, cuálquiera que seas, que juegas al azar, debes tener presente que el nombre que te corresponde no es el de cristiano, sino el de gentil."

Y al hablar de los estériles sacrificios que hace el jugador por satisfacer las crecientes exigencias de este funesto vicio, dice San Antonino: "El jugador ofrece en el juego lo que no ofrecería para cumplir con la ley de Dios; da mucho más de lo que por seguir los consejos evangélicos dió el catecúmeno San Martín. Porque no sólo da por la necesidad del juego la mitad de su capa, sino tambien su túnica y aun sus ropas interiores, y sigue desnudo á su señor, que es el mundo ó el diablo. Y, lo que es peor, debiendo negar á su dios, que son las cartas, despues que conoció y experimentó su malicia; más bien niega con vituperios al verdadero Dios, que lejos de haberle causado perjuicio alguno, le dió todo cuanto es; y véngase, ingrato, de Aquel que de sus pérdidas no tiene culpa alguna."

Terribles son las amenazas que por el profeta Isaias fulmina el Señor contra los jugadores: "Vosotros, que desamparasteis al Señor, que olvidasteis mi santuario, que poneis mesa á la Fortuna, y derramais libaciones sobre ella, os pasaré á cuchillo, y todos caeréis en la matanza; porque llamé, y no respondisteis; hablé, y no oísteis; y haciais el mal delante de mis ojos." Palabras gravísimas, que explica San Antonino diciendo: "Ponen mesa á la Fortuna los que juegan exponiéndose á lo que llaman fortuna, sea jugando á los dados, sea á las cartas. Estos son heridos por la espada de la divina venganza en el infierno." A los juegos de dados y de naipes que entónces se usaban, sin duda que hubiera agregado hoy el Santo el de la ruleta y los nombres de otros muchos que en este siglo absorben tantas fortunas y son causa de

tantas lágrimas, de la ruina de muchas familias, y de la pérdida de almas innumerables.

Cuando con frases tan significativas pintan el vicio del juego y recuerdan sus espantosas consecuencias así el Espíritu Santo como los santos Padres, y hasta los filósofos, poetas y estadistas; cuando son tan graves y de tan desoladoras consecuencias para los individuos, para las familias y para la sociedad entera los excesos que en él nos vemos precisados á lamentar todos los días; preciso es, amadísimos Hijos Nuestros, que aunemos con fe nuestros esfuerzos á fin de retraer de esa funesta y avasalladora pasión á los que de ella sean víctimas ó estuvieren en peligro de serlo. Vigilen cuidadosos los padres de familia y demás superiores sobre sus hijos, subordinados y sobre todos aquellos á quienes pueda extenderse su influencia, y empéñense por amor al Corazon sacratísimo de Jesus en apartarlos de tan grave peligro. Esto cederá, sin duda, en honra de nuestra santa Religion, en bien de los individuos y en notable ventaja para las familias y para todo el país, contribuyendo en gran parte á hacer amable la virtud del trabajo.

Esto deseamos con toda el alma por el bien temporal y eterno de todos Nuestros amadísimos diocesanos, á los cuales, en prenda de Nuestro paternal amor, afectuosamente bendecimos en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amen.

Cada uno de los cuatro párrafos de esta Carta pastoral será leído por su orden *intra Missarum solemnia* en los cuatro próximos Domingos de Adviento, de manera que coincida con el Evangelio propio de cada una de dichas Dominicas; en las Escuelas y Colegios católicos serán leídos esos puntos en los días que dispongan sus directores ó directoras.

Dada en Nuestra casa arzobispal de México, á 21 de Noviembre de 1895.

✠ Próspero María,
Arzobispo de México.

Por mandato de Su Señoría Ilustrísima,

Melasio de Jesús Vázquez,
Secretario.



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ASOCIACIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

00